

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO (Ciclo B)

Jesús cura a un leproso. Los leprosos eran personas apartadas de la sociedad. Era la manera que tenían de evitar el contagio. No se trataba de marginar al enfermo, sino de preservar el bien del pueblo. El leproso, sin embargo, ha pasado a ser imagen de la persona que está fuera de la sociedad. El caso es que cuando uno queda separado de la sociedad le es muy difícil conseguir su plenitud personal.

La lepra es también figura del pecado por el cual el cristiano se separa de la Iglesia. Aun inconscientemente, éste deja de participar de los bienes divinos y entra en una fase de autoexclusión de la que no puede salir solo.

A veces también la Iglesia tiene que separar a algunas personas que, con su palabra o ejemplo hacen daño a la comunidad. Hoy aplica diferentes penas que pueden llegar a la excomunión. Tienen la función de avisar del mal que supone, por ejemplo, el aborto o provocar una ruptura en la Iglesia, y al mismo tiempo evitar que la comunidad cristiana quede dañada. Son soluciones extremas que, sin embargo, no impiden que haya una preocupación por la persona concreta. Así, por ejemplo, la Iglesia advierte que el aborto es uno de los crímenes más graves, que comporta pena de excomunión, pero no por ello deja de acoger a quienes lo han practicado y les ofrece todos los auxilios para que puedan reconciliarse con Dios y sanar su corazón.

Cuando Jesús cura al leproso nos muestra su amor por la persona concreta. Ese interés es también el de la Iglesia. Sana al enfermo y le pide que se presente al sacerdote para certificar su curación. Así nos recuerda que todas las disposiciones se dan en bien del hombre. Jesús, que devuelve la salud, no separa esa experiencia de la vida de la comunidad. Por eso nos enseña también que todo el bien hay que hacerlo en comunión con la Iglesia. Hace siglos dijo san Gregorio Magno: «Tanto los predicadores del Señor como los fieles deben estar en la Iglesia de tal manera que compadezcan al prójimo con caridad; pero sin separarse de la vía del Señor por una falsa compasión».

En la historia hay tristes ejemplos de personas que, queriendo hacer el bien, se han apartado de la Iglesia por una falsa compasión. A la larga, esas iniciativas han mostrado sus limitaciones y, no pocas veces, han sido contraproducentes. La verdadera caridad brota del Corazón de Jesús y no podemos ejercerla si no estamos muy unidos a Él por la Iglesia, que es su cuerpo. De ahí el testimonio de san Pablo: «Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo».

Cuando rezamos el Avemaría, nos reconocemos hijos suyos y pecadores, pidiéndole que interceda por nosotros ahora, y en el momento de nuestra muerte, momento en que necesitamos confiarnos con más intensidad a la misericordia de Dios.